

## CARTA A LOS QUE NO CUENTAN

por Julio González

¡Hola! No sé muy bien a quién me dirijo. Se supone que debería remitir esta carta a los «marginados», pero no entiendo del todo lo que significa esta palabra. Se me escapan sus acepciones técnicas: ¿qué nos diría un sociólogo, un economista, un político, un psicólogo, un antropólogo...? Hablarían de índices, de poblaciones... Cifras, al fin y al cabo. Estaría escribiendo a un número perdido entre otros muchos números, incluidos en un informe que se apoya en otros informes para hacer fiables a su vez posteriores informes... Me pierdo. No, gracias.

Preferiría encontrar una palabra que te definiera en tu condición y en todo lo que tienes de indefinible (¡he aquí una pretensión estúpida!). Quizá valga «persona», una persona excluida, alejada de lo que significa el entramado social para la mayoría. Es posible que, a la postre, la mejor palabra, la menos mala, sea la eliminada. Eres el marginal, pero marginal por excluido, por rechazado.

Quizá seas uno de esos que se automarginan, que se autoexcluyen. Pero en ese caso, no quiero dirigirme a ti en primer término. Aunque no me importaría hacerlo para decirte que a veces te envidio; que creo que eres la conciencia viva de la sociedad, el profeta que denuncia, el que dice: «Esta sociedad no me gusta, por eso quedo fuera». Eres el poeta, el artista, el anacoreta, el chamán, el «loco» que reacciona de forma sana ante una sociedad enferma. Has existido en todo pueblo y en toda época y mi esperanza es que siempre estés de un modo u otro. Tu postura es insuficiente para cambiar el estado de cosas, pero siempre necesaria para mantener el germen de la rebeldía. Cada vez eres más raro en nuestro tiempo, dominado por un mercado que todo lo engulle y nos uniforma a todos. Por ser más difícil, eres más necesario. Todos alguna vez deseáramos ser tú y en tu figura mítica ponemos gran parte de nuestra esperanza.

Pero ahora no es a ti a quien escribo.

Te escribo a ti, al rechazado de mil formas: el pobre, el anciano, el minusválido, el deficiente, el loco, el sidoso, el marroquí siempre ahogado de algún modo, el gitano, el parado de larga duración... Hay muchas marginaciones, miles, millones, tantas como individuos marginados. Pero detrás de todas ellas está la misma realidad: una persona se siente impotente para alcanzar el bienestar que supone la plena integración en las relaciones sociales a todos los niveles. Y cuando esto ocurre, dada la profunda radicación de nuestra vida en la interacción con los demás, llega la muerte en su forma más terrible: el muerto viviente.

Eso eres tú: un muerto viviente. Estás pero no eres. Te cuentan pero no cuentas. No tienes palabra porque nadie te escucha. No tienes oídos porque nadie se dirige a ti. No tienes rostro porque rehuyen mirarte. Quizá te quede la mirada, quizá te quede la conciencia de ti mismo, ¡pero a quién le importa!

Algo profundo de ti ha sido asesinado y esa muerte reclama justicia.

Me gustaría entender cómo tú has llegado a esta situación. Mejor aún, cómo te llevamos a ella. Porque intuyo que aquí todos, de algún modo, somos culpables.

Algunos me dirán que en toda forma social, desde siempre, hay excluidos. Que si la sociedad se define a partir de unos roles, unas leyes, unas interacciones..., siempre habrá alguien que no encaje, que se quede fuera. A veces la misma sociedad, como mecanismo de defensa, deja a unos individuos fuera de forma expresa. Otras de forma no tan expresa, pero igualmente eficaz, aunque sea por otros motivos.

¿No es el delincuente un ejemplo del primer caso? ¿No lo fue en su día el leproso (quizá lo sea aún)? La ley, incluso a veces de carácter religioso, sanciona la exclusión.

¿No es el deficiente o el anciano un ejemplo del segundo? Ninguna instancia con representatividad social aceptará expresamente su exclusión. Sin embargo, se quedan fuera porque no encajan en el engranaje de producción-consumo y, además, porque son «feos», contradiciendo la imagen de vitalidad y belleza que nos hemos impuesto.

Muchos dirán que esto es inevitable porque es inherente a toda sociedad, en la medida en que sea imperfecta, en la medida que toda sociedad, en un momento dado, no es sino el efecto de unas fuerzas que siempre pivotan sobre la parte más débil. Una visión pesimista del hombre y de la sociedad insuperable. ¿Para qué preocuparse, entonces, por lo inevitable?

Otros me dirán que, si tú eres un paria, es por culpa tuya. Tan crudamente quizá no me lo digan, pero lo dejarán claro. Es posible también que no lo razonen como aquellos «bárbaros de los tiempos de los apóstoles», que se preguntaban ante un mendigo ciego quién había pecado, si él o sus padres. Hoy las razones son más «modernas»: «Si eres pobre es porque eres un vago, un incompetente; porque no quisiste aprovechar las oportunidades; porque en realidad prefieres vivir del cuento en vez de trabajar. Si eres un delincuente, una prostituta... es porque un día así lo quisiste; las personas honradas no optamos por soluciones tan fáciles y viles para nuestra vida. Si estás muriendo de sida sin que nadie se atreva a acercarse a ti, es porque eres un maricón, te drogas o vas de putas; las juergas se pagan y te estás bien empleado este castigo de Dios. Si eres un gitano que no se integra entre los payos es porque no quieres; ¡ya me gustaría a mí que me concedieran un piso como a ti!; pero no, yo me lo tengo que pagar y tú lo utilizas para meter el burro en cuarto de baño. Si eres un moro que se ahoga en el Estrecho o se pudre en una chabola, es porque quien algo quiere algo le cuesta; ¿o pensabas que íbamos a regalarte nuestro bienestar? Si eres...»

¿Y si eres un anciano, un mongólico, un minusválido, un niño que nace seropositivo...? ¿Qué podemos inventar si no podemos culpabilizarle de nada?

Otros, más sensatos, más preocupados por ti, más empeñados en buscar una salida a tu situación, me explicarán tu existencia analizando los muchos mecanismos que en nuestra sociedad la provocan. Te analizarán, te clasificarán y tratan de explicarte. Y a veces sus esfuerzos son noticia y la televisión nos dice: «Cada vez son más jóvenes los mendigos de Madrid. Según un estudio...»

Apelan a la creciente dualización de la sociedad, a la necesidad, por parte del capitalismo, de mantener un índice de parados de larga duración, a la precariedad del empleo, a necesidades del mercado internacional, a intereses políticos más o menos coyunturales, a recortes presupuestarios...

¿En el fondo de esos análisis qué queda? El convencimiento de que esta sociedad, en la que creo que estoy pero en la que tú no estás, genera pobreza al mismo tiempo y al mismo ritmo que genera riquezas; así, por ejemplo, nos llega la noticia de que en EE. UU., en medio de la crisis que atraviesa, el 1% de las familias más ricas se llevó el 70% de los ingresos medios familiares entre 1977 y 1989. El convencimiento de que esta sociedad liberal (si quieres, pon el «neo» delante; a mí me parecen los mismos perros de siempre) es por definición insolidaria y el bienestar es para aquel que lo puede alcanzar, sin contar para nada con los otros.

A través de los muchos medios de comunicación (¿o incomunicación?) social se nos trata de convencer de que eso es así y además es lo mejor posible. Se acallan, por otro lado, todas las iniciativas singulares que dicen que no es la única posibilidad.

Llega un momento en que lo que la propaganda dice nos lo creemos y lo decimos nosotros. Y entonces tú eres un equivocado o un tonto o un malvado; y tú eres el culpable de lo que te ocurre. O eres el precio inevitable que hay que pagar o el error de la naturaleza o el serrín que queda de limar los engranajes sociales. Sea como sea, la sociedad tal como está estructurada no se cuestiona, porque ¡joh, gracias, Dios mío! eres tú el que pierdes y no yo, que en mi sillón me olvido de ti o, sensible como soy, me apeno por ti cuando la televisión te recuerda; televisión que apago si la imagen es demasiado fuerte para mi digestión.

Eres, por encima de todo, más que una referencia molesta. Eres la denuncia viva de que esto no funciona. Eres nuestra víctima y gritas nuestro crimen con tu sola presencia.

Sin querer, encarnas las funciones del autoexcluido, que hace de su gesto de alejarse de la sociedad una profecía viva. Él lo hace a sabiendas. Levado por un impulso que lo puede; tú lo haces a pesar tuyo y quizá por ello eres más terriblemente eficaz. Él nos lo grita desde fuera con su acción; tú eres un grito que sale de lo más hondo de nosotros mismos y que no logramos acallar. ¿Será el grito de esa parte de hermano solidario que todos llevamos dentro y que no puede cerrar los ojos ante el sufrimiento del otro que nunca nos es ajeno?

¿Qué hacer para acallar ese grito? ¡Muy fácil! No tratemos de ahogarlo metiéndonos en medio de un ruido creciente, o razonando nuestra no culpabilidad, dejándolo caer unas migajas aquí y allá.

La única forma legítima (léase: honesta, sincera, humana) de acallarlo es luchando contra las causas del mal.

¿Cómo hacer que tú no seas un grito contra mí? Mirándote como lo que eres: una persona. Y tratando de no hacer caso al miedo que provocas en mí. Atender la denuncia viva que eres e intentar corregir los mecanismos sociales que te expulsan y que denuncian. Porque no cabe el pesimismo social de lo inevitable, pues lo que se hace de una forma se puede hacer de otra. Porque es posible que detrás de tu situación personal y concreta haya un pasado culpable, pero no puede justificar la condena que padeces. Porque quizá tu actitud personal y concreta del presente te está impidiendo salir de tu postración, pero nunca disculpa nuestra responsabilidad en la misma.

Es preciso, pues, trabajar por construir una sociedad basada en una red de relaciones en la que todos (tú también) sean valorados en su ser.

¡Jo, qué bien me ha quedado! Pero ¿es posible? ¿Tú crees que es posible? ¿Es posible una sociedad sin excluidos? Sinceramente, creo que nunca será una realidad histórica. Creo que las razones que dan todos los que quieren (quiero) justificar tu existencia salvando su (mi) responsabilidad son en parte ciertas, en la medida en que, en cada caso particular, incida alguna de ellas. Quiero decir que nunca alcanzaremos una sociedad que no excluya a alguien por sus leyes o normas o mecanismos económicos. Y en última instancia siempre habrá alguien que se sienta víctima de la exclusión o que albergue sentimientos excluyentes.

No es ése el planteamiento que debemos hacernos. La pregunta sería: ¿cómo avanzar hacia una sociedad en la que cada vez fuera menor la marginación objetiva o en la que cada vez fuera mayor la solidaridad? «Hacia una sociedad solidaria»: éste es el lema. Una meta inalcanzable en plenitud, una utopía.

Este carácter utópico no nos dispensa de dar pasos efectivos hacia ella. ¿Cuáles? ¿Cómo? Con iniciativas singulares que siempre recuerden que es posible. Usando nuestro voto para forzar una política más social. Compartiendo nuestros bienes del modo más efectivo posible. Usando la fuerza de la democracia consumidora. Haciendo que la austeridad gane terreno al derroche. No excluyendo a nadie de nuestra personal red de relaciones.

Todo esto está a mi alcance. Si no lo hago, soy culpable de ti.

Pero se anuncian tiempos aún peores para la utopía. Ahí están las medidas de ajuste económico. La unidad europea, que puede ser necesaria, pero que pagará más los más pobres. Quizá yo también sufra sus consecuencias, pero es probable que yo siga dentro y tú permanezcas fuera.

El miedo es creciente y el miedo no genera solidaridad. Cerramos más las fronteras; y, lo que es peor, nuestras fronteras personales.

Siempre tú ahí, con tu mirada: los ojos del hermano eterno. El otro que soy yo y sufre. Siempre, haciendo lo que haga, de algún modo, si te miro veré en ti la verdad que no me atrevo a vivir.

Al final, querido amigo, cuanto más pienso en ti, mayor es mi sensación de que el excluido soy yo y no tú. Que a ti te niego (negamos) el pan y la sal, y así me niego la luz. Terrible paradoja que, a diferencia del hambre, de la soledad, del odio,

del rechazo de que eres víctima todos los instantes de tu vida, a mí sólo me angustia cuando bajo la guardia y pienso en ello.

Mejor no sigo y leo lo que he escrito, porque me ha salido una carta más dirigida a mí que a ti. Por eso, me gustaría recibir tu abrazo.